

CANTERO TOVAR, E., *La ambigüedad humana en la obra dramática de Gabriel Marcel*. Publicaciones Universidad Pontificia de Salamanca, Biblioteca Almanticensis, Estudios 359. Salamanca, 2016, 276 págs.

Antonio Pintor Ramos y Ana María Andaluz Romanillos han dirigido esta tesis doctoral, cuya finalidad es investigar la razón que llevó a Gabriel Marcel a crear obras de teatro, a hacer continuas referencias a ellas en sus escritos filosóficos y analizar cómo el pensamiento de Marcel no sólo está intuido en sus obras dramáticas, sino expresado de forma concreta y viviente» (257)

Esther Cantero Tovar hace ver que la ambigüedad humana se ajusta, como tema propio, a su expresión dramática, sin mengua de su tratamiento en los otros escritos de Marcel. Su filosofía, que interpela más que enseña se expresa connaturalmente en su teatro, un medio más inquietante.

Antonio Pintor Ramos nos previene en el prólogo de que el libro puede *desconcertarnos*, pues, el nombre de Marcel evoca hoy algo difuso, una de las figuras que en su momento se ampararon bajo la etiqueta del *existencialismo*. Los marcados rasgos *epocales* de aquella corriente le hacen pagar la actualidad de *entonces* con la moneda del olvido y el desdén de nuestra época, muy alejada de aquellas vicisitudes, con sensibilidad distinta. (15) Espera, sin embargo, que el *desconcierto* se transforme en *curiosidad*. «Si se consigue despertarla, el libro se impondrá por sí solo y el lector agradecerá haberse enfrascado en su lectura» (15)

En ambos casos tiene razón.

El mismo Gabriel Marcel sabe que a su alrededor se está gestando un largo tiempo desdeñoso.

En *Du refus à l'invocation* (R.I) recuerda que, ya en 1927: «poco después de la publicación del *Diario Metafísico*, en un momento en que la filosofía existencial me era todavía desconocida, me sentí obligado a precisar mi postura con relación a la de Léon Brunshvieg, que poco antes había publicado su gran obra, *Le Progrès de la Conscience dans la Philosophie Occidentale*». Cita: «creer o verificar, la alternativa es ineluctable; en el filósofo la increencia es una virtud positiva, como el valor en el soldado»

Marcel opta por la fe, y reconoce que «aquella opción de antaño, fue la causa inicial de todo el desarrollo de su pensamiento» (R.I, 9)

No es todavía su fe religiosa, sino algo anterior, más profundo: un ámbito de disponibilidad que puede configurarse como fe religiosa, si ésta ocurre. La fe no es algo que tengo; sino el fondo de lo que soy. (92) La fe cristiana se instalará en ese fondo, no como añadidura, sino como *existencia*.

Marcel no se reconoce como *existencialista*, ni siquiera como *existencialista cristiano*. (56, 94) Entre los intentos de clasificarle, Esther Cantero Tovar se inclina por el dictado de *neosocrático*; es del gusto de Marcel (23-110) «Pienso —dice— que es la caracterización menos engañosa que hayamos encontrado» (94)

Neosocrático, en el sentido de la pregunta «¿qué soy yo? que es la pregunta radical hacia la que remiten (en Marcel) todas las demás preguntas. ¿Y no es acaso la pregunta por el ser que soy la más socrática de todas» (96).

Aunque no se explicita en el libro, ni en los escritos marcelianos, entiendo que esta pregunta por *el-ser-que-soy*, debe interpretarse así: ¿qué es *lo real* que se me da como tal, no en general, sino según el modo singular de *lo real-yo* de manera que lo real acon-

tezca como este *quién* que soy yo: como *lo real-de-mí?*

Prefiero la expresión *lo real*, en vez del uso marceliano y común, *el ser*, por la pensión frecuente a distinguir acríticamente, afenoménicamente, por una lado *el ser* y, por otro, *lo que es* —Se trata de la *diferencia ontológica*.

Esther Cantero Tovar la llama, en idioma marceliano, *comunión ontológica*. *Comunión*, por coincidir en uno lo real y sus determinaciones o modos concretos.

En la *diferencia* o *comunión* ontológicas radica la ambigüedad fundamental del pensamiento marceliano, —y de todo pensamiento metafísico. Lo real se me da como *lo real en común* (como el horizonte de todos los casos reales posibles, no como *género*) y, a la vez, como *esto real, en particular, singular*; es decir, como lo real siendo según el modo de mí. Escribe Esther Cantero Tovar: La intuición marceliana de la *comunión* o *diferencia ontológica* «*puede considerarse un núcleo vivo de su pensamiento*» (47) Cierto.

Pero Marcel no es sólo socrático por la *ironía* con la que desmonta como *posesión* o *haber* del yo, (*avoir*) lo que aceptamos y vivimos como un yo real (*l'être*), haciendo del yo que *somos*, un *ello* o *cosa* que *poseemos*. Es profundamente socrático por cuanto entiende su filosofía como un *proceso* de *sanación* de la persona enferma de inautenticidad, esto es subrogada por sus haberes, poseída, cosificada. La verdad que busca su filosofía no es el modo de ser las cosas, *dado al conocimiento*, sino el *hacer* de mí, lector, un yo real en tanto que real-yo y no el simulacro de una hechura mía —de mis egoísmos, mis odios, mis amores avariciosos, posesivos, mis miedos. (232)

La verdad que busca es mi salud.

La filosofía marceliana, comprendida como *terapia* asoma insistentemente a lo largo del libro de Esther Cantero Tovar. No lo desdora; lo integra en la más honda de las intenciones de toda filosofía —la *cura sui*, de los latinos; la *epimeleia heautou* de los griegos. ¿Y qué es la filosofía en cuanto *búsqueda crítica* de la verdad (*a-letheia*) quitándole el velo o cubridor, desvelándola de sus sucedáneos engañosos o *ídolos* e ideolo-

gías, sino un intento de *sanación*, una '*guía de descarriados o perplejos?*'

No se trata de curar la ambigüedad. Esta se funda en la diferencia o comunión ontológica y es sana: determina nuestra condición. Se trata de curar la ambigüedad mal resuelta, precisamente por eliminación de uno de sus polos.

El libro de Esther Cantero Tovar, no es cosa para satisfacer la curiosidad del lector, sino para ponerle serio.

De su lectura, que el libro obliga a hacerla atenta, «*lo que queda es una preocupación que aparece en la existencia humana y que nos interpela en nuestra, sin que podamos aquietarla definitivamente porque es constitutiva de nuestro ser*» (A. Pintor Ramos). (19)

El tema del libro, es, la ambigüedad humana en la *dramaturgia* de Marcel; pero era conveniente estudiarla en el resto de su obra, porque es una constante y la raíz que no cesa de ella: su sentido.

En el primer capítulo resume Esther Cantero Tovar el pensamiento de Marcel en sus textos no dramáticos; lo hace desde el punto de vista de su relación con el lenguaje —un acierto (57-111)

El lenguaje marceliano no es *léxicamente significativo*, sino indécicamente, operativamente *referencial*. El referente último es la *diferencia* o *comunión* ontológica.

Los textos dirigen al lector hacia su personal experiencia de ella, *abriéndole los ojos para que la mire* (93), *la participe* (64), asista a su emergencia, si por su desventura, no le había nacido o se le había muerto.

Su lenguaje *despierta, alimenta, enseña a respirar, provoca, arranca máscaras*. *Quien lea a Marcel se sentirá subyugado, intimidado, calado de parte a parte, juzgado, calibrado, desnudado*» (72, 94) —Sentirse así no es *darse por enterado* de una doctrina, sino quedar *interpelado* por ella: en esto consiste *entenderla*.

El *contenido* o *mensaje* de su filosofía no es, pues, un bloque de información, sino la *experiencia resultante* de la cirugía *operada* por el texto. «*Se trata de provocar en cada uno la pregunta que dormía en nuestro interior y que ha necesitado de un mediador* (discurso o drama) *para tomar conciencia de ella*» (120).

La *diferencia o comunión ontológica* no puede estar *íntegra* ante mí como un objeto, porque me implica; ni *íntegra* en mí —como mi ‘yo’— pues yo estoy como ‘*en-el-quien*’ acontecida.

El pensamiento de Marcel, no se deja exponer; pues, como una interpretación semiótica de su lenguaje: «*de ahí que entrañe una dificultad especial expresar su pensamiento con palabras diferentes de las suyas*» (94)

La exposición sumaria que hace Esther Cantero de la filosofía de Marcel no es el relato de ella sino la vivencia de la experiencia marceliana *repetida* como propia y del lector; en el sentido kierkegaardiano de *repetición*.

En la *diferencia o comunión ontológica* encuentra Marcel que lo real, para concretarse según el modo de *lo-real-de-mí*, debe determinarse en cuanto real de muchas maneras. Todas de naturaleza *relacional* con otros y con lo otro.

Para mi ser real con una realidad determinada por relaciones es ser con los demás y en el mundo. Es decir: *lo-real-de-mí*, determinado como relacionable, me configura en *yo-real-relacionado*, no por *añadidura*, sino por *constitución ontológica*.

El contrapolo de esa relación es lo real aconteciendo según el modo de *tú*, de otro de mundo. ¿Vale el ejemplo de dos notas cuyos sonidos se matizan gracias a que acontecen en el *horizonte* de su sinfonía? Las determinaciones relacionales de *lo-real-de-mí* con *lo-real-del-tú*, nos constituyen en *reales-intersubjetivos*. Si por hipótesis, estas relaciones les faltaran a lo real, yo, tú, no resultaríamos aislados, sino nada.

Las determinaciones de *lo-real-de-mí*, son *propensiones de actualización*. Actualizadas, constituyen mi *vida*. Mi vida es, pues, una concreción última de la *diferencia o comunión ontológica*, por lo tanto: (a) es el *acontecer* de su ambigüedad —«*Il faut dire tout ensemble que je suis ma vie et que je ne suis pas ma vie*» (*Le Mystère de l'être I*, 152); (b) es el *acontecer* de su indecibilidad e inobjetuabilidad; (c) es el *acontecer* de las respuestas ambiguas de la pregunta fundamental ¿Qué soy yo? y (d) es el *acontecer* de la posibilidad de falsearme absolutizando uno de los polos de dicha ambigüedad.

El carácter *propensivo* de las determinaciones las constituye en *transcendentes*: verdidas fuera de sí hacia lo real acontecido como lo otro —exigencia del *tú*, (de lo otro, del mundo) para ser yo.

A esta propensión a trascender la llama Marcel *exigencia de transcendencia*. La aceptación vital de la *exigencia del trascender*, coincide con la fe, en el sentido del *ámbito*, arriba mentado, en el que ocurre la fe religiosa que, en Marcel, es la cristiana. La teología no ha beneficiado aún esta intuición...

«*Là où nous avons dû nous contenter de parler d'exigence de transcendence nous serons amenés à scruter l'exigence de Dieu n'est autre que l'exigence de transcendence découvrant son visage authentique*» (*Le Mystère de l'être*, II, 7) La fe religiosa sería la aceptación de dicha «*exigence de transcendence découvrant son visage authentique*». Aceptación que Marcel llama invocación. «*Oui, c'est bien ici que surgit l'invocation, que s'articule le recours au Toi absolu*» (*Homo Viator*, 194) Por relación al Tú absoluto, yo, en cuanto real, *le soy intersubjetivo*; es decir, *creado*.

Los tratados filosóficos de Marcel *hablan* remitiendo al lector a la experiencia de su ambigüedad. Su teatro, sobre un escenario, *la produce*.

¿Para que el espectador la vea?

No.

Esto traicionaría el socratismo de su filosofía, que es *sanadora* de las ambigüedades mal resueltas, debido a que *el ser (l'être: lo-real-de-mí)* ha malcuajado en formas de *vida poseída (en avoir), en objeto*.

Estas ambigüedades instalan al espectador en un estado de tensión distorsionada «*que encuentra en el drama un escenario privilegiado para ser planteada y mostrada a la vida del espectador que tendrá la oportunidad de verse reflejado como en un espejo que le devuelve una imagen de sí mismo, que no coincide con la que creía tener*» (145)

Esther Cantero Tovar dice sabiamente que, en el teatro de Marcel, la tensión de la ambigüedad no es mostrada a la *vista* del espectador; sino propuesta a su *vida*; no como un objeto que *contemplar*, sino como un acontecimiento que reconocer y *vivir de tal manera que surja en él, por mediación del*

drama, la conciencia que a menudo está entumecida» (118).

El público al que se dirige el teatro de Marcel está compuesto por aquellos que experimentan que la *exigencia de trascender* que determina la realidad de sus 'yoes', ha sido traicionada por ellos mismos, forzándola a falsearse, alcanzando un término que no es un logro de la libertad, sino una imposición, ajena o propia, dueña de ellos como el amo de sus esclavos —se experimentan, exiliados de sí, rotos. (232)

Es un teatro *trágico*. Pues eso mismo que destruye a los personajes y al espectador es experimentado como un hogar de refugio, pero con paredes de cadenas.

Los personajes deben optar entre ser o no-ser, entre acoger un lejano horizonte (es decir la transcendencia que determina como reales) donde la esperanza (de realizarse en una vida en la que ser y *no ser tenidos*) o, por el contrario, «*refugiarse en un yo contaminado que se levanta como un muro entre mi ser y mi vida entre mi yo y mi conciencia. Y en ese refugio del 'tener' me hago 'indisponible', y la 'insatisfacción', que debe alimentar mi espíritu para lanzarse a las llamadas de la vida, desciende a los niveles más degradantes y tiránicos de la 'posesión' que acaba poseyendo al que posee*» (232)

El párrafo de Esther Cantero Tovar es muy denso. Entre mi ser y mi vida hay un muro porque mi vida no ha sido una concreción adecuada de mi ser, esto es, en ella no *me he sido, no me soy*, sino, por el contrario *me he poseído* como un objeto: me he contaminado de cosa.

Lo extraordinario es que estas expresiones remiten a una situación en la que las *estructuras* de lo real la diferencia o comunión ontológica son vividas, se transparentan, en la experiencia de sus concreciones terminales, falseadas o no —amor, odio, egoísmo, generosidad.

No es, pues, la dramaturgia de Marcel, un teatro de tesis a la manera de Ibsen o Sartre. Marcel le es contrario; escribe: «*no es admisible, es ilegítimo, utilizar el teatro como una plataforma donde el autor instrumentaliza a los personajes para comunicar sus ideas (...)* La obra dramática debe estar exenta de toda finalidad externa; nunca debe

escribirse para apoyar una idea que el autor quisiera inculcar en el ánimo de los espectadores». (113, 115, Cf. 257 y 260).

Esther Cantero Tovar, estudia en su libro once dramas de Marcel, clasificados según cuatro modos en que la ambigüedad acontece mal resuelta, y resulta trágica, a saber: la tragedia a del ser y tener (146) la de la indisponibilidad del ser (169) la de la insatisfacción existencial (186) la de la incertidumbre vital.(196).

Es admirable el modo como en los dramas agrupados en estos cuatro temas, Esther Cantero Tovar saca a luz las últimas intenciones de Marcel, y las expone, no obstante ofrecerlas resumidas, según la manera marceliana, de modo interpelante.

Como prometía A. Pintor Ramos, el libro se ha impuesto por sí sólo, y el lector agradece haberse enfrascado en su lectura y quedado con *atención* al poderío con el que Esther Cantero Tovar irrumpe en el mapa de la filosofía.

A esta atención la llamaremos *esperanza*. – ANTONIO PÉREZ, S.J.

LÁZARO PULIDO, M.; LEÓN FLORIDO, F.; Y BELTRA VILLASEÑOR, M^a I. (Eds.), *Pensar la Edad Media cristiana: la querrela del Imperio y el pensamiento político XIV-XV... (y otros estudios)*. Editorial Sínderesis, Biblioteca de Humanidades *Salmanticensis* 5. Serie *Filosofía*. Porto-Madrid, 2016, 265 pags.

La editorial Sínderesis está contribuyendo eficazmente a la difusión de los estudios sobre filosofía medieval que vienen produciéndose en el seno de la comunidad académica española y portuguesa en los últimos tiempos en el contexto de un interés renovado por esa época histórica. Tal renovación tiene que ver con el hecho de que en los años sesenta y setenta del siglo pasado hubiera arraigado con fuerza en la atmósfera intelectual europea el prejuicio según el cual el pensamiento medieval, debido a su carácter teológico, carecía de interés para la filosofía. La edad media fue considerada en consecuencia como un paréntesis teológico que interrumpía la continuidad que ligaba al pensamiento antiguo con el pen-